

dirigia, pasaban al comedor, nuestros tres amigos se acercaron á Salvador.

— Decidme, mi querido Salvador, dijo Juan Robert, ¿será posible que necesitemos vernos mañana?

— Es probable.

— Entonces, ¿dónde nos hallaremos?

— En mi sitio de costumbre, en la calle de Fers, á la puerta de mi taberna: ¿olvidáis siempre que yo soy un mandadero? ¡ Oh! ¡ qué poetas!... ¡ qué poetas!...

Y salió por la puerta opuesta á la que conducía al comedor, sin vacilar, como un hombre á quien todas las salidas y entradas de la casa son familiares, y dejando á sus tres amigos más que admirados estupefactos.

CAPÍTULO VI.

HABITACIÓN DE MAD. DE MARANDE.

Nuestros lectores recordarán tal vez, que con un acento de encantadora galantería, Mr. de Marande, antes de entrar en su gabinete, donde le esperaban las importantes noticias de las Tullerías, traídas por Salvador, había pedido permiso á su mujer, una vez concluido el baile, para ir á hacerla una visita en su alcoba.

Son las seis de la mañana.

El día empieza á aparecer.

Los últimos coches acaban de resonar sobre el empedrado del patio; apáganse las últimas luces, y comienzan los primeros ruidos de París.

Hace un cuarto de hora que Mad. de Marande se ha retirado á su alcoba, y hace cinco minutos que Mr. de Marande ha cambiado las últimas palabras con un hombre, cuyo aire militar se nota á través de su traje de paisano.

Estas palabras han sido:

Que S. A. R. esté tranquilo: sabe que puede contar conmigo como yo con él.

Detrás de este hombre que ha marchado, llevado rápidamente en un coche sin escudos por dos vigorosos caballos, y conducido por un cochero sin librea, y que ha desaparecido detrás de la esquina de la calle de Richelieu, se han cerrado las puertas de la casa de Mr. de Marande.

Sin embargo, lector, no te preocupes demasiado con los cerrojos y puertas que se interpongan entre ti y los dueños de la espléndida casa, en alguna de cuyas habitaciones hemos penetrado ya.

Nuestra varita mágica no necesita más que tocarlas, para que las puertas mejor cerradas se abran ante nosotros.

Usemos, pues, de este privilegio, y hagamos girar, al contacto de nuestro talismán, las puertas del gabinete de Mad. Lydia de Marande.

— SÉSAMO, ABRETE.

Ya lo veis: ya está abierta la puerta de ese encantador gabinete azul celeste, donde hace algunas horas habéis oído cantar á Carmelita la *Romanza del Sauce*.

Dentro de poco tendremos que abrir ante nosotras otra puerta bien terrible: la del tribunal de Assises.

Pero permitid que antes de poner el pie en este infierno del crimen, entremos á descansar un instante y á tomar

fuerzas en ese paraíso de amor, llamado el cuarto de Mad. de Marande.

Ese vestíbulo, que sirve al mismo tiempo de sala de baño, está iluminado con una lámpara de cristal de colores, figurando dibujos árabes.

Sus paredes y su techo apenas dejan paso al día, que nunca penetra allí sino en una semioscuridad, y están cubiertas con una tela particular, de un color vago, que flota entre el gris perla y el amarillo anaranjado.

En cuanto al tejido, parecía hecho con esas plantas del Asia, de que los indios extraen los hilos para fabricar esa tela, conocida entre nosotros con el nombre de *nankin*.

La alfombra eran esteras de la China, blandas como la más flexible tela, y armonizando el color con el de la tela de las paredes.

En cuanto á los muebles, eran de laca de China con flecos sencillos de oro.

Los mármoles, blancos como la leche, y las porcelanas que sostenían, azul turquesa.

Al poner el pie en este dulce recinto, misteriosamente iluminado por una lámpara de cristal de Bohemia, colgada del techo, se hubiera uno creído á cien leguas de la tierra, y le hubiera parecido á uno que viajaba en una de esas nubes tornasoladas, mezcla de azul y oro, como con los que Marilhat adornaba sus paisajes orientales.

Una vez llevado por esta nube, fácil era penetrar en el paraíso.

Y era, en efecto, un paraíso la habitación adonde conducimos al lector.

Una vez abierta la puerta de este cuarto, ó mejor dicho, una vez levantada la cortina, porque si había puertas, el arte del tapicero las había hecho invisibles; una vez levan-

tada la cortina, el primer objeto que hería la vista era la bella Lydia, muellemente tendida en el lecho que ocupaba el costado derecho del cuarto, con el codo apoyado, ó por mejor decir, enterrado en una almohada que parecía de gasa, y sosteniendo en la otra mano un pequeño tomo de poesías, encuadrado en tafíete, libro que tal vez había tenido gran deseo de leer, pero que no leía, pues tan preocupada parecía hallarse con otro pensamiento.

Una lámpara de porcelana de China ardía sobre una pequeña mesa de Boule, iluminando, á través de un globo de cristal rojo, las ropas de la cama, con un tinte rosado, semejante al que se esparce al salir el sol sobre la nieve virginal del Yungfrau ó del Mont-Blanc.

Esto era lo que pronto llamaba la atención; tal vez ensayaremos ahora el referir, lo más exactamente que nos sea posible, la impresión producida por este cuadro seductor: pero antes, y como á pesar nuestro, nos sentimos arrastrados á hacer la descripción del resto de la habitación.

Primero, el Olimpo.

Después la diosa que le habita.

Imagínese un cuarto, ó más bien un nido de palomas; grande, lo justo sólo para dormir: alto, lo justo también para respirar.

Techo y paredes estaba cubierto con terciopelo nacarado con reflejo de granate, de carbunco y de rubí, en los sitios en que la luz se reflejaba.

El lecho ocupaba casi todo el ancho, y apenas á cada lado dejaba trecho para una mesita de noche, cargada con los más deliciosos juguetes de Sajonia, de Sevres y de China, que habían podido encontrarse en casa de Monbro y en casa de Gansberg.

Enfrente de la cama estaba la chimenea, vestida también de terciopelo, como el resto de la habitación.

A los dos lados de la chimenea estaban dos divanes, que parecían cubiertos con las plumas de la garganta de un colibrí, y encima de cada uno de éstos un espejo cuyo marco estaba formado por hojas y espigas de maíz bordadas.

Sentémonos en uno de estos divanes y dirijamos una mirada al lecho.

Éste, como toda la habitación, era de terciopelo macarado, liso y sin un solo adorno. Solo su rico olor se destacaba por las colgaduras, en medio de las cuales aparecía.

Estas colgaduras eran una obra maestra de sencillez y causaba admiración, al verlo, que hubiera hubido un tapicero bastante poeta, ó un poeta bastante tapicero para alcanzar semejante resultado.

Componíase la colgadura de esas grandes piezas de tela de Oriente, que las mujeres árabes llaman haïks.

Estos haïks eran de seda, á listas alternadas blancas y azules.

Sus franjas eran las mismas que las del tisú.

En las dos extremidades del lecho, dos largas piezas de esta tela caían verticalmente y podían recogerse en la pared con ayuda de unas elegantes bandas argelinas tejidas de seda y oro con anillos de turquesas.

La cabecera de la cama la formaba un inmenso espejo con marco de terciopelo como el del lecho, y descansando, no en la pared, sino en una tercera tela de haïks.

En el nivel superior del espejo, la tela, fruncida en mil pliegues, se prolongaba hasta unirse á una gran flecha doblada, alrededor de la cual se enrollaba en dos grandes lazadas.

Pero la maravilla de este cuarto era lo que reflejaba el espejo de la cama, destinado evidentemente á hacer desaparecer los límites de la habitación.

Hemos dicho que enfrente del lecho estaba la chimenea.

Encima de esta chimenea, cargada con esas mil monerías que componen el mundo de una mujer, se extendía un invernáculo, separado tan sólo por un cristal, que se incrustaba en la pared, poniendo de este modo en comunicación el cuarto de la mujer con el de las flores.

En medio de este pequeño invernáculo dominaba una fuente, en que jugueteaban peces de China de todos colores, y en que venían á revolotear pajarillos dorados y azules, casi del tamaño de abejas, elevándose una pequeña estatua de mármol de Pradier, de medio tamaño.

Es verdad que este pequeño invernáculo era apenas del tamaño del cuarto; pero por un milagro del arte, parecía un magnífico é inmenso jardín de la India ó de las Antillas: también se enlazaban unas con otras las plantas tropicales que en él había, presentando á la vista el espectáculo de una flora exótica.

Era, en efecto, todo un continente de diez pies cuadrados, toda una Asia de bolsillo.

El árbol que llaman rey de los vegetales, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el árbol nacido en el paraíso terrestre, y cuyo origen es incontestable, puesto que sus hojas sirvieron para cubrir la desnudez de nuestros primeros padres, y que por esta causa ha recibido el nombre de higuera de Adán, se hallaba allí representado por sus cinco principales especies.

El plátano del paraíso

El plátano de frutos cortos.

El plátano de la China.

El plátano de esparto rosa.

El plátano de esparto rojo.

Á su lado, y como al abrigo de sus largas hojas, crecía la heleconia, que se le asemeja algo por la longitud y anchura de sus hojas.

Venia después el *ravenala* de Madagascar, representando en miniatura el famoso árbol del viajero, en el que el fatigado negro halla el agua fresca, que no le puede dar el seco arroyuelo.

La *stralitzia regina*, cuya flor parece la cabeza de una serpiente.

La *caña* de las Indias Orientales, con el que fabrican en Delhi tejidos tan ligeros como los de la más fina seda.

El *costus*, empleado por los antiguos en todas las ceremonias religiosas, á causa de su perfume.

El *augrec* oloroso de la isla de la Reunión.

El *zingiber* de la China, que es la misma planta que da el jengibre.

En fin, toda una colección en abreviatura de las riquezas vegetales del mundo entero.

El pilón y zócalo de la estatua desaparecían entre el follaje de mil florecillas diversas y entre lycopodos, que podían luchar con el más fino musgo de los más finos tapices de Smyrna y de Constantinopla.

Y á falta de sol, que no es rey del horizonte más que por algunas horas, buscad á través de las hojas, de todas esas flores, de todos esos frutos, el globo luminoso que cuelga de la bóveda, y que esparce sus rayos á través de un agua ligeramente azulada, derramando sobre este pequeño bosque virgen, la serena y melancólica claridad, los tibios y plateados rayos de la luna.

CAPÍTULO VII.

CONVERSACIÓN CONYUGAL.

Visto desde la cama, este pequeño invernáculo era una cosa adorable.

Como ya hemos dicho, la persona que estaba acostada en el lecho, y que apoyada en el brazo, tenía un libro en la otra mano, esta persona levantaba de cuando en cuando su vista por encima del libro, y dejaba vagar sus miradas por los senderos liliputienses que trazaba la luz en el encantado país que veía á través del cristal como á través de un sueño.

Si amaba, debía buscar con la vista las floridas ramas, amorosamente entrelazadas en que quería formar su nido.

Si no amaba, debía pedir á la lujuriosa vida de aquella magnífica vegetación, el inefable secreto del amor, de que cada hoja, cada flor, cada perfume revelaban casta y misteriosamente las primeras palabras.

Y ahora que creemos haber descrito suficientemente este edén desconocido de la calle de Artois, hablemos de la Eva que le habitaba.

Si; Eva era el nombre que merecía Lydia, tan pensativamente recostada y leyendo las *Meditaciones* de Lamartine, mirando á cada estrofa, estrofas perfumadas, entreabrirse los botones ó capullos de las plantas, y continuando de este modo en la naturaleza el sueño comenzado en el libro.

Si, era una Eva verdadera, rosada, fresca y rubia; Eva al día siguiente del pecado, dejando vagar su mirada sobre todo lo que la rodeaba; Eva temblorosa, inquieta, palpitante, buscando ansiosamente el secreto de ese paraíso, en que sentía y conocía que habían estado dos, y en el que le causaba tristeza hallarse sola; llamando con los latidos de su corazón, con los relámpagos de su mirada, con el movimiento de sus labios, ó al Dios que la había hecho nacer, ó al hombre que la había hecho morir.

Envuelta en paños de fina batista, rodeada al cuello una paletina de pluma, con los labios húmedos, ardiente la mirada, la mejilla encendida, un escultor de Atenas ó de Corinto no hubiera soñado otro modelo, ni un tipo más completo, más acabado para una estatua de Leda.

Tenía, en efecto, de la Leda enlazada con el cisne, el amoroso ruber y la amorosa contemplación.

Al verla así, el autor de la *Psychis*, esa Eva pagana Cánova hubiera hecho de ella una obra maestra de mármol, que hubiera destronado á la *Venus Borghese*.

Coreggio hubiera hecho de ella alguna pensativa Calipso, teniendo detrás de sí algún amorcillo, medio oculto en algún pliegue de los paños.

Dante hubiera hecho de ella la hermana mayor de Beatriz, y hubiera querido ser conducido por ella por los senderos de la tierra, como había sido conducido en los del cielo por la hermana menor.

Pero de seguro que poetas, pintores y escultores se hubieran inclinado ante la maravillosa persona en quien se reunían á la vez, por una incomprensible mezcla, el pudor de la joven, el encanto de la mujer y la sensualidad de la diosa.

Si, el décimo, el décimoquinto y el vigésimoprimer

años; el año infantil, el año núbil, el año amoroso que constituyen la trilogía de la juventud; estos tres años que cada cual á su vez salen al encuentro de la niña, de la joven y de la mujer, y que una vez pasados nunca vuelven; estos tres años, como las tres Gracias de Germán Pilon, parecían formar el cortejo de la privilegiada criatura cuyo retrato tratamos de bosquejar; deshojando á la vez sobre su frente las flores de más exquisitos perfumes, de más brillantes y delicados colores.

Según se la miraba así *parecía*.

Un ángel la hubiera tomado por hermana suya: Pablo, por Virginia: Desgrieux, por Manon Lescaut.

¿De qué provenía esa triple belleza, incomparable, extraña, inexplicable?

Eso es lo que trataremos, no de explicar, sino de hacer comprender en la continuación de nuestro relato, reservando este capítulo y aun el siguiente para la conversación de Mad. de Marande y su marido, á fin de justificar, si posible es, el título de *Conversación conyugal*, que acabamos de dar á este capítulo.

Ese marido no tardará en entrar. Es el que Mad. de Marande espera sumida en tan profunda distracción; pero de seguro no es él á quien su distraída mirada busca en las medias tintas de la habitación, ni en la penumbra del invernáculo.

La ha pedido, sin embargo, de un modo bien tierno ese permiso de que se va á aprovechar, de venir á hablar con ella en su habitación antes de ir á encerrarse en la suya.

¡Y qué! ¡ tanta belleza, tanta juventud, tanta frescura son lo que el hombre, llegado á los veinticinco años, es decir, en el apogeo de su juventud, puede soñar de más ideal y que no encuentra jamás!

¡ Y qué ! tanta belleza, tanta alegría, tanta embriaguez, todos esos tesoros pertenecen á un hombre solo, y ese hombre es un banquero, rubio, fresco, elegante, ambicioso, galante y espiritual, es verdad ; pero frío, seco, egoísta y ambicioso que conocemos : todo eso es suyo, como la casa en que vive, como sus cuadros, como su caja.

¿ Qué aventura misteriosa, qué poder social, qué tiránica é implacable autoridad ha podido enlazar uno á otro esos dos seres, tan diferentes en la apariencia al menos, esas dos voces tan mal formadas para hablarse, esos dos corazones tan mal templados para comprenderse ?

Tal vez lo sabremos más tarde.

Oigámosle hablar en tanto, y tal vez una mirada, un gesto, una palabra de los dos encadenados nos pondrá en camino de acontecimientos, ocultos todavía para nosotros en la obscura y sombría noche del pasado.

En suma, este era el hombre á quien esperaba Mad. de Marande.

¿ Pero era él en quien ella pensaba al esperarle ?

De pronto parecióla oír el sordo crujido de la cortina en el cuarto contiguo. Por ligero que fuera el paso del que se acercaba, la alfombra crujía bajo su peso.

Mad. de Marande pasó una rápida y última revista á su tocado, cifió estrechamente alrededor de su cuello su pelisa de cisne, bajó hacia sus manos el encaje de las mangas de su chambra, y viendo que el resto de su persona estaba oculto de manera irreprochable, no hizo el menor movimiento para cambiar de posición.

Solamente colocó un libro abierto sobre el lecho, levantó un poco la frente de modo que no fuese la parte alta de la cabeza, sino la barba, lo que se apoyase en su mano,

y en esta postura, en que había más indiferencia que coquetería, esperó á su dueño y señor.

Mr. de Marande levantó la cortina ; pero se detuvo en el umbral de la puerta.

— ¿ Puedo entrar ? preguntó.

— ¿ Por qué no ? ¿ no me habéis dicho que vendriais ? hace un cuarto de hora que os espero.

— ¡ Oh ! ¿ qué me decís, señora ? y debéis estar tan cansada. He sido indiscreto, ¿ no es verdad ?

— No, entrad.

Mr. de Marande se acercó, hizo un saludo lleno de gracia, cogió la mano que su mujer le alargaba, se inclinó sobre esta mano de blancos y afilados dedos, de rosadas uñas y de piel blanca y suave, y puso en ella tan ligeramente sus labios, que Mad. de Marande comprendió la intención más bien que sintió el beso.

La mirada de Mad. de Marande interrogó á su marido.

Fácil era comprender que nada era más inesperado y más extraño que esta visita de parte de Mr. de Marande.

Y era, sin embargo, fácil ver también que semejante visita no era ni deseada ni temida. Parecía que ella aguardaba con más curiosidad que inquietud.

Mr. de Marande sonrió y dijo después con su más dulce acento :

— Permittedme que antes de nada os pida me dispenséis por haceros una visita tan tarde, ó mejor dicho, tan de mañana. Creed, que si muy graves ocupaciones no me hubieran detenido todo el día fuera de casa, hubiera esperado más favorable ocasión para hablar confidencialmente con vos.

— Cualquiera que sea la hora que escojáis para hablar conmigo, caballero, dijo Mad. de Marande con voz afec-

tiosa, es siempre buena hora. Cualquiera que sea el motivo que os obligue á ello, es siempre un motivo, tanto más precioso, cuanto es más raro.

Mr. de Marande se inclinó ; pero esta vez como para dar las gracias.

Después, acercando una butaca, se sentó y apoyó los brazos de aquélla en el lecho de Mad. de Marande, de modo que estuviese frente á frente de ella.

Mad. de Marande dejó caer su cabeza sobre su mano, y esperó.

— Permitidme, señora, antes de entrar en materia, ó si os parece mejor, á fin de entrar en ella, renovaros mis sinceros parabienes por vuestra rara belleza, que crece todos los días, y que parece llegaba esta noche verdaderamente al apogeo de la belleza humana.

— En verdad, caballero, que no sé cómo daros gracias por semejante galantería. Me causa tanto más placer, cuanto que vos usáis con cierta moderación de ella. Permitidme que me queje, sin que por ello os haga un cargo.

— No acuséis de avaricia á mi amor, celoso del trabajo. Mis días y mis noches están consagrados por entero á la ruda carga que me he impuesto : pero si me era permitido esperar que un día, una parte de mis horas se pasarían en la dulce acogida que me hacéis en este momento, creed que ese día será uno de los más felices de mi vida.

Mad. de Marande alzó los ojos para mirar á su marido, y como si nada pudiese parecerle más extraño que lo que acababa de oír, le miró fijamente.

— Paréceme, caballero, dijo con todo el encanto que pudo dar á su voz, que todas las veces que deseáis tener esa acogida, no necesitáis más que hacer lo que habéis

hecho esta mañana, avisarme que deseáis verme, ó si no, añadió sonriendo, presentaros aquí sin anunciármelo.

— Ya sabéis, dijo á su vez sonriendo Mr. de Marande, que no son esas nuestras condiciones.

— Esas condiciones, caballero, vos sois quien las habéis dictado, no yo quien las ha impuesto. Las he aceptado, y esto es todo. No era en verdad la que no llevándoos ninguna dote, recibía de vos su fortuna, su posición y hasta el honor de su padre, quien dictara esas condiciones, me parece.

— Creéis vos, querida Lydia, que ha llegado el momento de cambiar alguna cosa en esas condiciones, y no os parecería muy importuno si esta mañana viniera brutalmente á arrojar mi positivismo conyugal en medio de los sueños que habéis formado esta noche, que formabais aún cuando entré, y que tal vez forméis en este mismo momento en que os hablo.

Mad. de Marande empezó á comprender adónde se encaminaba la conversación, y sintió pasar por su rostro una nube de púrpura.

CAPÍTULO VIII.

CONTINUACIÓN, Ó MEJOR DICHO PRINCIPIO DE LA CONVERSACIÓN CONYUGAL.

Mr. de Marande dió tiempo á la nube de púrpura para que se dispase.

Después, volviendo á reanudar la interrumpida conversación :

— ¿Esas condiciones, señora, preguntó Mr. de Marande con su eterna sonrisa y su implacable política, las recordáis vos?

— Perfectamente, caballero, respondió Lydia con voz que en vano se esforzaba en hacer que apareciera tranquila.

— Bien pronto hará tres años que tengo la dicha de ser vuestro esposo, y en tres años se olvidan muchas cosas.

— Yo no olvidaré jamás lo que os debo, caballero.

— Hé ahí cabalmente en lo que variamos de modo de pensar. No creo que me debáis nada, señora; pero si vos creyeráis lo contrario y os figuraseis haber contraído alguna deuda para conmigo, justamente esa deuda es la que os suplicaría que olvidarais.

— No se olvida cuando se quiere y como se quiere, y hay ciertas almas para las que la ingratitud no es sólo un crimen, sino un imposible. Mi padre, viejo soldado, inhábil para los negocios, comprometió toda su fortuna, con la esperanza de doblarla en una especulación, y se arruinó. Tenía dos compromisos contraídos con la casa de banca, cuya propiedad acababais de adquirir, y estos compromisos no podían ser satisfechos á su vencimiento. Un joven...

— Señora... dijo Mr. de Marande tratando de interrumpir la conversación.

— No quiero pasar nada en silencio, caballero, dijo Lydia; creeríais que lo había olvidado. Un joven, que creía á mi padre rico, había solicitado mi mano. Una repugnancia instintiva había hecho á mi padre negarse al pronto á su petición; vencido por mis súplicas (aquel joven me había dicho que me amaba y yo creía amarle).

— ¿Habíais creído? preguntó Mr. de Marande.

— Sí, caballero, lo había creído. ¿Qué mujer á los diez

y seis años, sobre todo cuando sale del colegio é ignora completamente lo que es el mundo y la vida, está segura de sus sentimientos?

Repito, pues, continuó, que vencido por mis súplicas, mi padre había concluído por acoger favorablemente á Mr. de Bedmar. Todo estaba arreglado; hasta mi dote: 300.000 francos. Cundió la voz de la ruina de mi padre: mi prometido de pronto dejó de visitarnos y desapareció. Después mi padre recibió una carta suya fechada en Milán, en la cual le decía, que habiendo sabido la repugnancia que en un principio le había inspirado, no quería violentar sus simpatías. Mi dote había sido colocado aparte y salvado de la ruina del resto de nuestra fortuna. Era casi la mitad de lo que debía mi padre á vuestra casa de banca. Tres días antes del vencimiento de los compromisos se presentó en vuestra casa, os ofreció los 300.000 francos y os pidió que le concedierais un plazo para el resto. Le contestasteis que se tranquilizara, y añadisteis que como teníais un *negocio* que proponerle, le pedíais una cita para el siguiente día en su casa: ¿no es esto?

— Sí, señora; sin embargo, reclamo contra la palabra *negocio*.

— Es de la que os servisteis, creo.

— Necesitaba un pretexto para entrar en vuestra casa, señora. La palabra *negocio* no fué más que un modo cualquiera de hacerlo, un pretexto.

— Os abandono la palabra, caballero, en semejante caso. La *palabra* no es nada; la *cosa* es todo. Vinisteis é hicisteis á mi padre la inesperada proposición de ser mi marido, dotarme con los 300.000 francos que mi padre debía á vuestra casa, y dejarle á él para sí los 100.000 escudos que os había ofrecido.

— Proponiendo más á vuestro padre, señora, hubiera temido que rehusara.

— Conozco toda vuestra delicadeza, caballero. Por aturdido que dejase á mi padre semejante proposición, la aceptó, salvo mi consentimiento, y vos sabéis que éste no se hizo esperar mucho.

— Sé que tenéis un corazón piadoso y filial, señora.

— ¿Recordáis nuestra entrevista, caballero? Mis primeras palabras fueron para hablaros del pasado; para confesaros...

— Uno de esos secretos de niña, que un hombre delicado no debe nunca dar tiempo á su prometida para que acabe de confesarlo. Además, añadí esto: Tomad mi proposición desde el punto de vista que mejor os parezca, señora, ó si queréis, como *un negocio* que hago...

— ¡Bien veis que esa fué la palabra de que os servisteis!...

— Soy banquero, dijo Mr. de Marande, y es preciso perdonarlo al hábito, á la costumbre... ó como un negocio que hago, y cuyos resultados, aunque desconocidos, deben ser ventajosos para mí, ó como *una deuda* que pago á nombre de mi padre.

— Perfectamente, caballero, me acuerdo de todo eso. Se trataba de un servicio hecho por mi padre al vuestro durante el Imperio, ó al principio de la Restauración.

— Justamente, señora. Después añadí, que no creyendo que debiera haber debido ningún amor ni ninguna gratitud á ese doble título, con el cual debía llegar á ser vuestro esposo, os dejaba en libertad plena, respecto á los sentimientos que quisierais abrigar hacia mí: que yo mismo teniendo contraídos algunos compromisos, me reservaba mi independencia, y que nunca seriais, por más seductora

que Dios os hubiera hecho, importunada por mis exigencias conyugales. Añadi, por fin, que creía también no deber poner, bella, joven y dispuesta al amor como erais, más límites á la libertad que os ofrecía que la medida que vos misma con arreglo á las conveniencias sociales, quisierais ó tuvierais á bien ponerle. Me reservé solamente velar sobre vos, como un padre indulgente sobre su hija, y como un padre siempre, á título de guardián de vuestra reputación que era ya la mía, y reprimir las tentativas inconvenientes que ciertos hombres no dejarían de intentar, atraídos y deslumbrados por vuestra belleza.

— Caballero.

— ¡Ay!... ese título de padre tuve bien pronto derecho á tomarle. El coronel murió repentinamente, durante un viaje que hizo á Italia. Mi corresponsal de Roma me transmitió la triste noticia: vuestro dolor, al saberlo, fué grande: los primeros meses de nuestro matrimonio pasaron para vos entre las galas del luto...

— ¡Oh!... y en mi corazón, como en mi exterior, caballero, os juro que...

— ¿Quién puede dudarlo?... No seré yo, señora, quien se tomé el trabajo de haceros olvidar esa desgracia, sino reducirla á límites razonables. Tuvisteis la bondad de escucharme: poco á poco fuisteis dejando vuestros vestidos de duelo; ó mejor dicho, vuestros vestidos de duelo os fueron dejando á vos. Se os vió poco á poco salir de ese duelo, como en los primeros días de la primavera sale una flor de la envoltura gris del invierno, con el aterciopelado de la juventud, con la frescura de la belleza, que nunca habían desaparecido de vuestras mejillas, pero desterrada la sonrisa de vuestros labios. Poco á poco, ¡oh! no os reprochéis esto, señora, es una ley de la naturaleza: poco á

poco, la desterrada sonrisa volvió, la encubierta frente se despejó, el comprimido pecho empezó á dilatarse con alegres aspiraciones, volvisteis á la vida, al placer, á la coquetería, volvisteis á ser mujer, y hacedme la justicia de decirlo, señora, que os servi de guía y de sostén en ese difícil camino, más difícil que lo que se cree, y que conduce de las lágrimas á la sonrisa, del dolor á la alegría.

— Sí, caballero, dijo Mad. de Marande, cogiendo la mano de su marido, y dejadme estrechar la que con tal paciencia, tan caritativa y tan fraternalmente me ha guiado.

— Me dais gracias por un favor que me habéis hecho : es demasiada generosidad por parte vuestra.

— Pero, en fin, caballero, preguntó Mad. de Marande conmovida, bien por la escena en que tomaba parte, bien por los recuerdos que esta escena le recordaba ; ¿ tendréis la bondad de decirme adónde queréis ir á parar ?

— ¡ Ah ! perdonad, señora, olvidaba la hora que es, el sitio en que me encuentro, y el cansancio que debéis experimentar.

— Caballero, permitidme os diga, que os equivocáis siempre sobre mis intenciones.

— Seré breve, señora. Decía que vuestra entrada en el mundo, después de un año de ausencia, había producido viva sensación. Le habíais dejado bella, y volvéis encantadora. Nada embellece tanto como un buen éxito. De encantadora que erais, vuestros triunfos os hicieron adorable.

— Vuelta á la galantería.

— No ; volvemos á la verdad, y á ésta tendremos que volver siempre, señora ; ahora, dejadme hablar, y concluiré en pocas palabras.

— Ya escucho.

— Pues bien, señora, he hecho, al sacaros de la obscuridad en que os habían colocado vuestros vestidos de luto, lo que Pigmalión hizo al sacar su Galatea del trozo de mármol en que se hallaba escondida y oculta á todas las miradas. Suponed, sin embargo, que Pigmalión fuera nuestro contemporáneo ; suponed á Pigmalión conduciendo en el mundo á su Galatea bajo el nombre de... Lydia ; suponed que en vez de amar á Pigmalión, Galatea no ama... nada... Figuraos la angustia del pobre Pigmalión, los sufrimientos, no diré de su amor, sino de su orgullo, cuando oiga decir : No es para él para quien el pobre estatuario ha animado la estatua, sino... para..

— Caballero, la comparación...

— Sí, ya conozco el proverbio : « La comparación no es razón ; » es verdad ; volvamos, pues, pura y simplemente á la realidad, sin metáforas. Pues bien, señora, esa admirable belleza, que os conquista á vos mil amigos y á mí mil envidiosos ; esa gracia sin igual que hace murmurar alrededor vuestro, como las abejas alrededor de un rosal, á la flor de nuestros elegantes ; ese poder que ejercéis sobre todo lo que os rodea, y que atrae irresistiblemente todo cuanto pasa por vuestra esfera ; esa belleza mágica, en fin, me espanta y me hace temblar, como me haría temblar la vista de un precipicio, al borde del cual me pasease en compañía vuestra. ¿ Me comprendéis ?

— Os aseguro que no, respondió Lydia.

Y añadió con encantadora sonrisa

— Y esto os prueba que no tengo tanto talento como el que vos me hacéis el honor de suponer.

— El talento es como el sol, señora ; tiene sus horas de recogimiento ; á veces se nubla, pero es para volver á apa-

recer más brillante. Voy, al propio tiempo que á hablar á vuestro talento, á vuestros ojos : ¿ os acordáis que un día, en nuestro viaje á Saboya, al salir de Entremont, al divisar, desde lo alto de una montaña, el Ródano, que brillaba á los rayos del sol como un río de plata ; os acordáis, que dejando de pronto mi brazo, y corriendo hacia la plataforma de la montaña, os detuvisteis de pronto con espanto, al ver á través de las flores y hierbas que formaban una tupida alfombra, un abismo abierto bajo vuestras plantas, y que no se veía hasta estar en el borde de él ?

— ¡ Oh ! si ; me acuerdo de ello, dijo cerrando los ojos y palideciendo ligeramente Mad. de Marande, y soy feliz al acordarme de ello, porque si vos no me hubieseis detenido y retirado rápidamente, no tendría ahora probablemente la dicha de poderos dar de nuevo las gracias.

— No las solicitaba, señora. Sólo deseaba, por medio de una imagen, y solicitando vuestros recuerdos, explicaros más claramente que hasta ahora lo había hecho, lo que hace poco llamaba un abismo. Pues bien, vuestra belleza me espanta como aquella sima de seiscientos pies, cubierta de hierbas y flores, y tengo miedo de que un día ú otro no nos sepulemos en ella entrambos. ¿ Comprendéis bien esta vez, señora ?

— Sí, caballero ; creo que empiezo á comprender, respondió Lydia bajando los ojos.

— Si empezáis á comprender, respondió sonriendo Mr. de Marande, estoy perfectamente tranquilo, porque pronto me comprenderéis del todo.

CAPÍTULO IX.

CONTINUACIÓN Y FIN DE UNA CONVERSACIÓN CONYUGAL.

— Y bien, señora, decía, continuó Mr. de Marande, que reemplazando para con vos á vuestro padre, sabéis que nunca he reclamado otros derechos que los de éste ; que reemplazándolo aún, debo dirigir una mirada con cierta inquietud sobre la turba de bellos y elegantes dandis que rodean á mi hija.

Observad, señora, que mi hija goza de amplia libertad ; entre esa nube almibarada, compuesta y perfumada, puede hacer por sí misma su elección ; de esta elección jamás podrá venir una desgracia. Sólo que creo, no de mi derecho, sino de mi deber, decirle siempre como un padre : bien elegido, hija mía ; mala elección, hija mía.

— ¡ Caballero !...

— ¡ Todavía no ! me engaño... no le diré esto ; pasaré revista á los hombres que más particularmente se ocupan de ella, y le diré mi parecer sobre esos hombres.

¿ Queréis mi opinión, señora, sobre algunos de los que más particularmente se han ocupado anoche de vos ?

— Hablad, caballero.

— Vamos á principiar por Mr. Coletti.

— ¡ Caballero !

— No hablo de él más que de memoria, y como introducción conveniente á la lista. Además, M. Coletti es un prelado encantador.